



guerra les franqueaba, á pesar de todas las precauciones, los puertos de la península, en los cuales introducían remesas que, como nacionales, marchaban en seguida á aquellos países, se resistía á tales concesiones. Conceptuaba que se cobraban en América, y con harto per-

juicio de nuestro comercio, del dinero que nos adelantaban en Europa.

Injusticia grande sería, sin embargo, desconocer hoy el beneficio de aquellos auxilios materiales y de su influencia moral en el sostenimiento de la guerra.

### CAPÍTULO XXII

**Cataluña: prudente plan de campaña observado por Reding en un principio: lo abandona, y pierde á Igualada: derrota de Valls, que causa la muerte de Reding: Reus es ocupada sin resistencia: avivase la guerra de somaten: Saint-Cyr se traslada á Vich: niéganse las autoridades de Barcelona á jurar fidelidad á José, y son deportadas á Francia.**

El influjo de la rendición de Zaragoza se manifestó en todas partes tristemente. En Cataluña se recordará que, á consecuencia de las desgracias de Llinás y Molins de Rey, quedó en Diciembre de 1808 como jefe de las armas españolas el general Reding, querido del soldado y de los pueblos por el concepto de entendido y valiente que gozaba.

Establecido en Tarragona, se limitó en un principio á mejorar la instrucción y disciplina de la tropa, huyendo de empeñar acciones campales; á molestar solamente al enemigo á favor de las fortalezas y de todos los incidentes del terreno; á disputarle el alimento y cortarle las comunicaciones; se limitó, en una palabra, á la guerra de montaña, que era la más conforme á la índole del país y á las circunstancias de nuestro ejército. Mientras permaneció en este propósito, sus ventajas, si no ruidosas, eran bien sensibles é importantes. El enemigo, acantonado entre Tarragona y Barcelona, habiendo consumido bien pronto los víveres que de aquel país podía sacar, se vió precisado á emprender expediciones hácia la montaña, que no le pro-

porcionaban la subsistencia de algunos días sino á costa de bastante sangre. Porque nuestros soldados y los somatenes, ocupando todos los desfiladeros y acosando de cerca é incansablemente á los forrajeadores, sostenían un continuado choque, en que la ventaja estaba casi siempre de parte de los españoles.

Pero los clamores de la opinion, pidiendo que marchase una expedición en socorro de Zaragoza, el orgullo infundido por algunos pequeños triunfos recientes y la esperanza que daban secretas relaciones con Barcelona, despertando el genio militar de Reding, le indujeron en mal hora á abandonar el plan con tanto fruto seguido hasta entonces, para ejecutar más vastas combinaciones.

La primera concertada fué para caer sobre el enemigo de improviso cercándole por todas partes: D. Juan Bautista Castro, jefe de la dilatada línea de diez y seis leguas que desde Tarragona se extendía por la línea y el Bruch hasta Olesa, debía avanzar hasta colocarse entre Saint-Cyr y Barcelona para impedirle la retirada; Reding con diez mil hombres le acom-





teria por la parte opuesta descendiendo del Coll de Santa Cristina; y el claro que entre ambos quedaba lo llenaría una muchedumbre de somatenes, que bajarían de las montañas apoyados por la tropa. No quedaba á los franceses, según este plan, más recurso que rendir las armas ó arrojarse al mar.

Conoció este pensamiento el hábil general francés, mas no se inquietó por su éxito, seguro de romper donde quisiera una línea tan extensa. Cuando vió que iba á ser atacado, dejando en Vendrell la division de Souham para contener á los que quisiesen seguirle, partió el 16 de Febrero de Villafranca de Panadés á unirse cerca de Capellades con las fuerzas de Chavot y Chabran, que, juntas, formarían once mil hombres. Llegó á tiempo de poder rescatar los prisioneros que el primero había hecho al cuerpo de D. Sebastian Ramirez; cortó sobre la marcha la línea, y cambiando de súbito su direccion, cayó sobre Igualada, donde se hallaba Castro, bien ajeno de sospechar que pudiera ser sorprendido por aquel mismo contra quien se dirigía. Apenas tuvo tiempo para salvarse, abandonando al enemigo los grandes acopios que había en aquella villa.

Así que Reding tuvo noticia de este incidente, que venía á trastornar sus planes, salió de Tarragona con un batallón suizo, trescientos caballos y una brigada de artillería, tanto para recoger los dispersos como para socorrer al brigadier franco que, batido por el mismo Saint-Cyr, de vuelta de Igualada, había tenido que guarecerse en el monasterio de Santas Creus. Conseguido que hubo sido su objeto en las inmediaciones de Montblanch, tomó por deliberacion de un consejo la vuelta de Tarragona, siguiendo el camino que hay á orillas del Francolí. Iban por este tránsito, sin buscar ni huir al enemigo, cuando el día 24 tropezaron con la division de Souham, establecida en las alturas de Valls. La batalla fué inevitable.

Reding, situado con sus diez mil hombres en la márgen derecha del rio en posicion bastante ventajosa, se batió con tenaz porfía por espacio de seis horas, logrando á lo último que la fortuna se inclinase de su parte. Pero entonces le hizo cambiar de aspecto la inesperada

llegada de Saint-Cyr, que voló en socorro de Souham desde Pla apenas supo de la accion empeñada. Todavía nuestros soldados, firmes en sus colinas, resistieron con valor el ataque en columnas de un enemigo superior en fuerzas. Sin embargo, al cabo de largo rato la línea fué rota, y nada pudo ya evitar la dispersion en completa desbandada. Mil quinientos heridos y cerca de doble número de muertos, toda la artillería y los bagajes quedaron en esta terrible rota en poder de los franceses. El resto llegó con el enemigo sobre sus espaldas á las puertas de Tarragona.

Reding mismo pagó hartó cara la imprudencia de abandonar su primer sistema de guerra. Alcanzado en la fuga, herido, recibió nuevos golpes defendiéndose con bravura, y estuvo á punto de caer prisionero. Siempre perseguido de cerca, entró de noche en Tarragona; y aunque el pueblo respetó su desgracia y disculpó su pericia, atribuyendo su derrota á los incidentes imprevistos de la accion y á la superioridad del enemigo, el pesar del vencimiento, más que las heridas, le causó la muerte antes de dos meses. Fué llorado y mereció serlo: pocos hombres han consagrado con más ardor y abnegacion su vida y sus talentos á una patria adoptiva.

Otra circunstancia lamentable fué la ocupacion de Reus por los vencedores al siguiente día. Esta poblacion, la segunda de Cataluña en vecindario, industria y comercio, dió la primera el fatal ejemplo de abrir sus puertas al francés sin resistencia y de comprar con oro las atenciones del invasor. La riqueza ahogó, como de ordinario, los alientos del patriotismo. Los franceses no se detuvieron allí mucho tiempo, porque no interesaba á sus miras ya por entonces un punto que no se relacionaba con Barcelona ni con Francia.

En este revés de la fortuna, cuando no quedaba ejército que oponer al vencedor y amenazaba un funesto contagio entre los defensores, el pueblo, los somatenes, fueron los que restablecieron en Cataluña la causa nacional. Multiplicáronse las partidas y renováronse los encuentros parciales; de modo que Saint-Cyr, después de todo, nada había conseguido destru-



yendo el ejército español. Se veía asediado por todas partes y reducido á su anterior escasez de víveres. Unos diez mil, entre somatenes y migueletes, recobraron á Igualada, arrojando á Chabran hasta Villafranca; otros bloquearon de nuevo y con igual osadía la capital, cortando sus comunicaciones con el campo de Tarragona hasta que aquél después de dos acometidas logró restablecerlas; y, por último, Saint-Cyr, no pudiendo por falta de subsistencias vivir más tiempo en sus anteriores acantonamientos, resolvió trasladarse á la alta montaña, por entre Vich y Gerona, en atencion á ser más fértil y estar más próximo á esta plaza, cuyo sitio meditaba ya, y á Francia (19 de Marzo). No hizo el tránsito sin ser molestado desde cerca por el paisanaje.

A su paso por Barcelona, sabedor Saint-Cyr ó sospechoso de las conspiraciones que en esta ciudad se tramaban con infatigable perseverancia, hasta por autoridades, para arrojar á los franceses y secundar el grito nacional, creyó que un juramento prestado por las autoridades civiles podría garantizarle el sosiego y la fidelidad de sus moradores. Duhesme convocó de su orden á la junta (9 de Abril), y les intimó el cumplimiento de aquella obligacion, que dijo había estado sólo en suspenso; pero todos se negaron con entereza, llegando algun magistrado á manifestar que «antes pisaría su toga que deshonorarla con juramentos contrarios á su lealtad», y un empleado en hacienda á protestar que «aun cuando toda España proclamase á José, él se expatriaría». Herido Saint-Cyr por la repulsa, mandó prender á veintinueve, y después los trasportó á Francia; dureza extraña en la apacible condicion de este general, é inútil con personas por lo general inofensivas. El pueblo, agolpándose á su paso, sin reparar en la irritacion de los franceses, los colmó de alabanzas y los exhortó á sufrir el martirio, si necesario era, perseverando en su magnánima resolucion.

Siguió Saint-Cyr su camino á Vich, poblacion de unas doce mil almas, que halló casi del todo desierta, sólo habitada por el obispo, seis ancianos y los enfermos: los demás moradores habían huido en masa al saber su aproximacion,

llevando consigo las alhajas de más estima. Las provisiones que encontraron se agotaron, y luego volvieron sus tropas á la aflictiva situacion que habían tenido en el campo de Tarragona: fueron precisas las excursiones por víveres, y con ellas volvió el incesante pelear, pudiendo decirse que comían la racion empapada en su propia sangre.

Esto apresuró los preparativos del asedio que ha hecho inmortal á Gerona.

Los primeros cuidados de la junta central, ya establecida en Sevilla, se habían consagrado naturalmente á la organizacion de los ejércitos que los desventurados fines de la campaña anterior habían casi aniquilado. Cuesta en Extremadura y Cartaojal en la Mancha fueron principalmente los encargados de restaurar las perdidas fuerzas y conducir de nuevo á la victoria á nuestros soldados, que apenas habían hecho más que saludarla. Ambos ejércitos debían servir también como de vallado á la junta, cerrando al enemigo los dos caminos que podían llevarle á Andalucía.

Cuando estuvieron algun tanto reparados los efectos de la derrota de Uclés, se desprendió del de Cartaojal con nueve mil infantes, dos mil caballos y diez cañones el duque de Alburquerque con ánimo de atraer á sí las fuerzas enemigas que desde Toledo amenazaban caer sobre Cuesta. Para esto se propuso atacar á Mora, donde se hallaba el general Dijon con unos seiscientos dragones. Su grande inferioridad hizo á éstos huir precipitadamente; pero volvieron con más gente, y entonces se replegaron los nuestros á Consuegra. Alcanzados allí el día 22 de Febrero, pelearon con firmeza desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, hora en que, noticioso Alburquerque de la proximidad de una division enemiga de catorce mil hombres, emprendió la retirada á Manzanares, adonde no se atrevieron los franceses á seguirle.

Esta expedicion, aunque de escaso fruto, sirvió para revivir el espíritu del soldado y acreditar á Alburquerque en las filas. Era, en efecto, hombre de altivo corazón, ansioso de gloria, osado, valiente y activo, pero sobrado presuntuoso é inquieto para vivir en armonía





con Cartaojal, que vió en él muy pronto un rival temible. No tardaron en estallar entre ellos disensiones graves, que no hubieran concluido en bien de la patria á no haber enviado á Alburquerque con un refuerzo al ejército de Cuesta.

Los soldados tuvieron luego motivo para deplorar esta separacion. Cartaojal avanzó hasta Yébenes (24 de Marzo); tuvo allí noticia de que los franceses marchaban contra él, y se replegó sin esperarles, á Consuegra. Aquí se encontró tambien con el enemigo, y se volvió precipitadamente á Ciudad-Real, tres dias despues de su partida.

El general Sebastiani, que habia sucedido á Lefebvre en el mando del 4.º ejército, era quien le estrechaba con doce mil hombres. Buena era la posicion que allí ocupaba Cartaojal; mas se aturdió al verse acosado por todas partes, y, acometido el 27 y 28, en todas fué batido y desordenado, siéndole preciso guarecerse en Sierra-Morena para poner término al desmoronamiento que sus fuerzas sufrieron desde Ciudad-Real hasta Santa Cruz de Mudela. Gracias á que los franceses se detuvieron en este punto á esperar noticias del general Victor, que de acuerdo operaba por Extremadura, nuestro ejército de la Mancha no fué completamente aniquilado, y pudieron sus reliquias reunirse en Despeñaperros.

El de Cuesta, regenerado material y moralmente á favor de la dureza de carácter de este jefe, emprendió su movimiento á fines de Enero. Trasladado de Badajoz á Trujillo, los franceses se retiraron á Almaráz. Desalojados de allí por la vanguardia, al mando de Henestrosa, el resto del ejército avanzó á Jaraicejo y Deleitosa, donde se propuso Cuesta esperar la primavera guarecido del Tajo, cortando, para mayor seguridad, y quizá con sobrada ligereza, el hermoso puente de Almaráz, por un ojo que tenia ciento cincuenta piés de abertura.

Tranquilos estuvieron, efectivamente, los españoles, en aquellas riberas, hasta el mes de Marzo, en que el mariscal Victor se dirigió contra ellos para penetrar en Portugal ó en Andalucía, en combinacion con Soult ó con Sebastiani, segun las circunstancias lo aconsejasen

ó consintiesen. Al encontrar cortado el puente mandó construir uno de barcas; y dudoso de poder desalojar á Cuesta de sus fuertes posiciones, hizo pasar por Talavera y Puente del Arzobispo una division de catorce mil hombres, con objeto de atacarle simultáneamente de flanco y por retaguardia. No llegó este caso, porque bastó una acometida al duque del Parque en las Mesas de Ibor para que nuestro general ordenase la retirada, sin detenerse hasta haber traspuesto el Guadiana, y juntándosele el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en Villanueva de la Serena la tarde del 27.

Animado con este refuerzo de tres mil setecientos hombres, volvió sobre sus pasos al dia siguiente en busca del enemigo. Presentóle la batalla en el llano que se extiende desde Medellín á Don Benito, formando su gente en media luna, en una extension de una legua, y sin reserva ninguna. Su fuerza ascendia á veinte mil infantes y dos mil caballos. El enemigo traia mil hombres ménos; pero les dió mejor distribucion: formólos en arco, apoyando bien los extremos de su linea y dejando de reserva dos divisiones. Durante las dos primeras horas de combate, todo anunciaba un dia de gloria: nuestros soldados se batian con ardor; los franceses, firmes en un principio, comenzaron á cejar, aunque en orden, y se vió su ala izquierda arrumbada y apretada en un recodo que cerca de Medellín hace el Guadiana. Gritos de alegría llegaron á resonar proclamando la victoria. Pero cuando la izquierda iba á apoderarse ya de una batería que debia decidirla, tres regimientos de caballería, Almansa, Infante y Toledo, volvieron grupa de repente, y se precipitaron en una vergonzosa y rápida fuga, desordenando á la infantería. Algunos oficiales pundonorosos trataron en vano de contener á ésta, y Cuesta, volando á su encuentro, cayó del caballo, teniendo, enmedio de su desgracia, la dicha de que los ginetes enemigos pasasen sobre él sin conocerle. El desorden de la izquierda se propagó á los cuerpos de la derecha, los cuales, viéndose al mismo tiempo atacados, perdieron la formacion. Entonces debió Cuesta conocer el gran yerro que habia cometido trazando tan extensa linea sin apoyarla



con alguna reserva. El desorden no pudo ser reparado, y se trasformó bien pronto en una espantosa dispersion; la division de Alburquerque fué la que conservó algo más su serenidad. Entre muertos, heridos y prisioneros, quedó allí la mitad de nuestro ejército. La otra mitad huyó á guarecerse en la sierra que separa á Extremadura de Andalucía, estableciéndose en Monasterio.

Cuesta, indignado contra la caballería, suspenso á tres coroneles, y quitó á los soldados una pistola hasta que rescatasen su honor. Otros debieron tambien castigarle á él, de su indisculpable olvido ó negligencia, ya que tan vulgar prescripcion del arte no pueda suponerse ignorancia. El fué el verdadero responsable de esta fatal derrota, que se atribuyó malamente á la falta de experiencia y disciplina del soldado, puesto que así en el centro como en las alas, se batió con ventaja sobre los franceses. La accion estaba ya ganada, y la fuga de unos cuantos escuadrones no debia haber causado su pérdida. Una reserva, lo repetimos, acudiendo oportunamente, hubiera hecho de Medellín otro Bailen.

Sin embargo, la junta central premió al general derrotado: hizole capitán general; puso además á sus órdenes el ejército de la Mancha, y distribuyó recompensas entre los que se habian comportado honrosamente, atendiendo tambien al socorro de las viudas y los huérfanos de los que perecieron en el combate. Las razones de tan extraña conducta fueron dictadas por una elevada política. Aquellos ejércitos, el de la Mancha y el de Extremadura, eran los únicos de quienes pendia la seguridad de la junta; y si derrotado ya el uno, no se neutralizaba el efecto que produciria en el país la derrota del otro, se creeria á la junta en manos del enemigo, y el pánico se apoderaria de los espíritus, y todo se consideraria perdido. Declarando que Cuesta y su ejército merecian bien de la patria, despues del desastre de Medellín, se demostraba un alma superior á los reveses, y se hacia entender á amigos y enemigos que no habia allí sucumbido la causa nacional. Tal vez recordó la junta que el senado romano habia premiado en un caso análogo á

Varron, despues de la batalla de Cannas, por no haber desesperado de la salvacion de la república. Cuesta, al ménos, se habia batido; que en el ejército de Cartaojal todo fué atolondramiento, confusion y flaqueza.

A pesar de su victoria se vió á Victor detenerse y acantonar su gente entre el Guadiana y el Tajo, conducta que pareció entonces inexplicable y que los sucesos aclararon luego. El ejército anglo-portugués tenia fija su atencion sobre él: á su espalda; hasta el Duero, solotenía en Salamanca una division que le protegiese á las órdenes de Lapisse, demasiado débil para poder contrarrestar los esfuerzos que harian las provincias castellanias si veian á la central amenazada; por último, en derredor veia levantarse el paisanaje en mil cuadrillas que, si eran poco temibles en campo raso, no así en las marchas, de noche, en los terrenos quebrados ó en los alojamientos. No pudiendo pasar á Portugal, segun los planes del emperador para obrar en combinacion con Soult sobre Lisboa, si no es con el temor de ser atacado por todos lados, sin tener retirada posible en una desgracia, resolvió esperar noticias de la situacion del ejército francés en el vecino reino para saber si debia entrar ó torcer á Andalucía de acuerdo con Sebastiani. Así es como se salvó la junta de mayores aprietos.

Tambien la favoreció sin duda el deseo que manifestó entonces José de un acomodamiento, juzgando que era ocasion oportuna para hacerse oír, despues de las victorias de Ciudad-Real y Medellín. Un magistrado salió de Madrid con esta comision, que desde Mérida comunicó á la junta por medio de Cuesta (12 de Abril) diciéndose autorizado para tratar de remediar los males que sufrían las provincias ocupadas y evitarlos á las que debian serlo. La junta deliberó poco para dar esta digna y enérgica contestacion por el mismo conducto: «Si Sotelo trae poderes para tratar de la restitution de nuestro amado rey, y de que las tropas francesas evacuen al instante el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. Cualquiera otra especie de negociacion sin salvar el Estado, envileceria la junta, la





cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía que á oír proposición alguna en mengua del honor é independencia del nombre español.» Insistió el comisionado; mas la junta repitió también su contestación cerrando la correspondencia.

Al mismo tiempo escribió Sebastiani en igual sentido al general Venegas, que había reemplazado á Cartaojal en el mando de su ejército, y al ministro de Hacienda y Jovellanos suponiéndoles de decisiva influencia en la junta. La carta á este último, lisonjera hácia su persona, lo era mucho más hácia sus ideas liberales; pero no fué por eso ménos severa y noble la contestación. «Yo no sigo un partido, le dijo el ilustre desterrado de Mallorca; sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la Inquisición ni por las soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia. Ni creáis que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y propósito de regenerar en España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día, es mirado por nosotros como una de nuestras primeras obligaciones. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nación que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y de su libertad contra una agresión tanto más injusta cuanto ménos debía esperarla de los que se decían sus primeros amigos, tiene también bastante celo, firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrosa suerte que le preparaban...»

Modelo de patriotismo, de pureza y elevación de sentimientos, esta carta, sin embargo, al leerla hoy, que están ya sellados todos aquellos acontecimientos por la historia, nos hace

esclamar con amargura: ¡Y Sebastiani predijo males y desengaños que sucedieron!

Expondremos ahora los sucesos que entorpecieron las operaciones del otro ejército francés destinado por el emperador, al regresar á Francia, á la conquista de Portugal, en combinación con el de Víctor, bajo la conducta de Soult.

Así que éste recibió la orden en el Ferrol, partió, dejando en su lugar á Ney, con unos veintiseis mil hombres que en tres porciones se encaminaron á las orillas del Miño: Soult se dirigió á Tuy. Allí, malogradas tres tentativas que hizo para pasar el río por junto á la Guardia, y por el Tamuje, á causa de la corriente y de estar prevenidos los portugueses, cambió de rumbo acordando ejecutar la invasión por la provincia de Orense, ya que le faltaban los medios necesarios para construir un puente de barcas.

Tomó el 17 de Febrero su nueva dirección río arriba; pero luego tropezó con otras no menores dificultades: notó síntomas en los pueblos de una insurrección, que apenas acertaba á creer posible estando tan cercana la derrota de la Coruña. Galicia entera, en efecto, sin abatirse con este revés ni al ver las principales poblaciones en poder del enemigo, se preparó desde aquel mismo fatal suceso á un levantamiento general. Los paisanos de la Puebla de Tribes, en la provincia de Orense, fueron los primeros que inauguraron allí esta terrible lucha de partidas arrojándose sobre ochenta dragones, que presentaron prisioneros á la Romana. Siguióles la población casi en masa del fértil valle de Valdeorras, acaudillada por dos jóvenes de la casa de Quiroga, una de las más ilustres del país. El juez de Cancelada, hácia Betanzos, sin cuidarse de la proximidad del enemigo, levantó otra partida que á fines de Febrero caía ya de sorpresa sobre un convoy en Doncos. En la provincia de Tuy, la más poblada y rica de aquel antiguo reino, aunque á la sazón oprimida por los ejércitos franceses, no fué menor el entusiasmo y la decisión. A la voz del abad de Couto, D. Mauricio Troncoso, respondieron sus feligreses; y su eco, prolongándose por aquellos fértiles y pintorescos valles, puso en armas á



una juventud briosa, frugal y sufrida. Los franceses sintieron retemblar bajo sus piés á toda Galicia. Cruzada de sierras, erizada de montañas, abundante en ríos, cubierta de bosques y desparramada su población en pequeñas aldeas y aislados caseríos, ofrece nuestra Suiza grandes dificultades á la conquista y toda clase de ventajas á la defensa. Las cañadas, los peñascos, los árboles, las tapias son otras tantas baterías que el bravo montañés aprovecha para destruir al enemigo que camina descuidado ó en forzoso desorden. El fuego sale de todas partes, y la marcha es un continuo riego de sangre. Esto fué la travesía de Soult desde Mourentan á Rivadavia y Orense.

El punto por donde este general se proponía invadir el vecino reino era la plaza de Chaves, y para eso necesitaba alejar ó destruir á la Romana, que con nueve mil hombres se encontraba en el tránsito, por el valle de Monterey. Propúsole primero una traición lucrativa, que rechazó el español indignado, diciendo que sólo á cañonazos podría contestar. En seguida avanzó Soult; pero, viendo que los españoles no le hacían cara cuando fué atacada su retaguardia en Verín, desistió de la persecución dejándolos marchar sosegadamente á Castilla. Allí discutieron los jefes sobre el rumbo que deberían seguir, y aunque á algunos dolía tener que abandonar á Galicia cuando emprendía su insurrección, acordaron tomar la vuelta de Asturias, desde donde con más seguridad podrían también atizar y extender la hoguera del patriotismo gallego.

Soult, entretanto, se dirigía á Chaves arrollando al paisanaje y al ejército de Freire, que apostados en ciertos pasos difíciles trataron de disputarle el paso. La plaza, mal guarnecida desde la guerra con España de 1762, le abrió sus puertas (11 de Marzo), retirándose de noche su guarnición hácia el interior de la provincia. Sin embargo, la marcha de los franceses fué todavía un continuado tiroteo, aunque de poca consideración, hasta los montes que dan vista á la ciudad. Freire presentó la batalla por ceder á las exigencias del paisanaje, en quien consistía la mayor fuerza; quiso en seguida levantar el campo para retirarse, según las instruc-

ciones que tenía, á Oporto, y una sublevación lo arrestó para enviarlo á Braga, donde fué bárbaramente asesinado. Dióse el mando á un oficial hannoveriano llamado Ebben, quien pudo solamente detener tres días á los invasores. Desalojado de la fuerte posición de Carbalho, penetraron sin resistencia en aquella ciudad (20); la segunda de la provincia, y nada ya estorbó su fácil marcha á Oporto.

Es esta ciudad la segunda del reino en importancia comercial y política. Está situada á la derecha del Duero, á una legua de su desembocadura, y encierra una población de setenta mil almas, briosa y fuerte, que al odio común contra la dominación francesa, juntaba entonces el que le ocasionaba la paralización del tráfico, cuyo ramo principal son sus afamados vinos. Habíase levantado al rededor de la plaza un campo atrincherado; dentro de ella cortaduras y baterías obstruían á cada paso las calles. La exaltación patriótica era tal, que causó la muerte de algunos á quienes se tildaba de desafectos ó poco decididos á la defensa. Un parlamentario, el ilustre general Foy, estuvo también á punto de ser víctima de un arrebato del pueblo, no queriendo que se admitiesen siquiera las comunicaciones del enemigo. Este, cuando se hubo persuadido de que era inexcusable el combate, lanzó sus batallones contra la línea exterior. Aunque erizada de cañones, era tan dilatada y estaba tan mal dirigida la defensa, que la derrota sucedió pronto á la acometida, y sobre la marcha penetraron los invasores acuchillando á los fugitivos en la ciudad. Cargaron éstos en tanto número al puente de barcas, que, cediendo al peso, se quebró, y los que no perecieron luchando con las aguas, fueron luego bárbaramente metrallados. De tres á cuatro mil personas, entre ellas muchas mujeres y niños, perecieron allí lastimosamente. La defensa de las calles, donde pudo hacerse, no fué muy afortunada, aunque sí porfidiísima: unos doscientos que se encerraron en la catedral pelearon hasta no quedar uno solo. Su sacrificio, empero, sólo sirvió para exasperar al soldado y atraer sobre la ciudad los horrores del saqueo y su desenfreno.

Pero arrollando todos los obstáculos y ocu-